

JUAN FERNÁNDEZ DE HEREDIA Y EL CONDE DON ENRIQUE DE TRASTÁMARA

Francisco RUIZ GÓMEZ
Universidad de Castilla-La Mancha

Julio Valdeón fue el maestro de una generación de medievalistas en España. Los que tuvimos la suerte de conocerlo en persona, aprendimos de él que la historia social y política está protagonizada por los pueblos y también por las personas, cuyos comportamientos debemos observar minuciosamente para comprender el significado de su contribución a la marcha de los grandes procesos históricos. Uno de los temas que mejor conoció, sobre el cual nos ha dejado páginas verdaderamente magistrales de lo que hoy llamamos la *nueva historia política*, es el de Enrique II y la revolución Trastámara¹. Yo llevo años trabajando en la historia de los órdenes militares, algo bien diferente; pero los caminos de los hombres se cruzan a veces. Yo me encontré con Julio, por primera vez, en la Universidad Complutense de Madrid hace más de treinta años. Desde entonces nos vimos muchas veces, aunque siempre tengo la sensación de que fueron pocas. Tuvimos buenos amigos comunes, y compartimos el recuerdo de otros que tampoco están con nosotros. Pero nunca encontré la ocasión de hablarle de un personaje, Juan Fernández de Heredia, el gran maestro de la Orden del Hospital de San Juan, que también se cruzó con Enrique II en un momento oscuro de sus vidas. Con cariño y admiración he redactado este trabajo, y con la esperanza también de encontrar un hueco para él entre las *dramatis personae* de una historia que Julio conoció mejor que nadie, y que ya no podrá contárnosla nunca.

¹ A este tema dedicó uno de sus primeros trabajos, titulado: *Enrique II de Castilla: la guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371)*, Valladolid, 1966. Y a él volvió, después de muchos años y numerosos trabajos publicados, con una de sus últimas obras: *Pedro I el Cruel y Enrique de Trastámara ¿La primera guerra civil española?*, Madrid, 2002.

ALGECIRAS 1350

Giraba la segunda mitad del siglo XIV cuando, sobre el real de Gibraltar, se desató una terrible pestilencia que afectó al propio rey de Castilla, Alfonso XI. El vencedor de la batalla de Salado murió mientras trataba de completar su objetivo de expulsar a los benimerines y asegurarse el control sobre las costas del Estrecho. Cinco años antes había conseguido entrar en la plaza de Algeciras, aunque no sin dificultades, pues tuvo que mantener un penoso asedio ante sus muros que se prolongó más de veinte meses. Ahora, en 1349, aprovechando el estallido de nuevos conflictos internos entre los benimerines de Marruecos, se había decidido a atacar Gibraltar; pero la ayuda del rey moro de Granada hacía que la resistencia fuera grande y que el asedio se prolongara de nuevo demasiado tiempo:

Estando así el fecho desta cerca de Gibraltar, fue voluntad de Dios que recresciese pestilencia de mortandad en el real del rey Don Alfonso muy grande en el año siguiente que pusiera su real sobre Gibraltar. E esta fue la primera e grand pestilencia, que es llamada la grand mortandad...².

Don Fernando, el infante de Aragón y sobrino del rey, junto con los otros grandes del reino le habían aconsejado que se retirara para evitar el peligro de contagio de la peste; pero Alfonso se negaba, a pesar de que cada día veía cómo muchos de sus caballeros morían: «e fue voluntad de Dios que el rey adolesció, e ovo una landre, de la qual finó». Era el 23 de marzo de 1350, día de Viernes Santo.

Inmediatamente fue proclamado nuevo rey su hijo el infante don Pedro³, que contaba quince años de edad, mientras se preparaban las exequias fúnebres y se tomaban medidas para que el cerco de Gibraltar no se resintiera por tan luctuoso acontecimiento. La situación, no obstante, era delicada. En el momento de su fallecimiento, el rey don Alfonso estaba acompañado de doña Leonor de Guzmán⁴, su amante, y dos de los hijos bastardos que con ella había tenido, Enrique⁵ y Fadrique⁶, mientras

² *Crónica del rey don Pedro, por don Pedro López de Ayala, canceller mayor de Castilla*. Año I, capítulo I. En Biblioteca de Autores Españoles, *Crónicas de los reyes de Castilla*, Madrid, 1953, tomo I, p. 403.

³ La figura de Pedro I, conocido como el Cruel, ha sido objeto de innumerables estudios. Los más documentados en el momento actual, en mi opinión, son los siguientes: DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente, *Itinerario de Pedro I de Castilla. Estudio y regesta*. Valladolid, 1975. ESTOW, Clara, *Pedro el Cruel of Castille, 1350-1369*. Leiden, 1995. DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente, *Pedro I. 1350-1369*, Palencia, 1995. Y los cuatro volúmenes publicados por este mismo autor, lamentablemente fallecido, que forman la *Colección documental de Pedro I de Castilla. 1350-1369*, Salamanca, 1997-1999.

⁴ BALLESTEROS BERETTA, Antonio, «Doña Leonor de Guzmán a la muerte de Alfonso XI», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1932, tomo C, pp. 629-636.

⁵ Una semblanza del conde don Enrique en los primeros años del reinado de Pedro I puede verse en RUIZ DE LA PEÑA, Juan Ignacio, «Enrique de Trastámara, señor de Noreña (1350-1356)» en *Estudios de Historia Medieval en homenaje a Luis Suárez*, Universidad de Valladolid, 1991, pp. 393-409.

⁶ Sobre este personaje véase ZUNZUNEGUI ARAMBURU, José, «El infante don Fadrique, maestre de la Orden de Santiago (1342-1358)» en *Anthologica Annua*, Roma, 1963, 11, pp. 47-54. Y PÉREZ DE LOS COBOS, Pedro Luis, «El infante don Fadrique, maestre de Santiago» en *Miscelánea Medieval Murciana*, 1983, X, pp. 45-59.

que el heredero Pedro, junto con su madre, la reina doña María, se encontraban en Sevilla alejados de la corte, a la espera de acontecimientos.

Partió el cortejo fúnebre de Algeciras presidido por doña Leonor y sus hijos, portando el cuerpo del rey para ser enterrado en Córdoba, según sus últimas voluntades. Pero los grandes del reino, con don Juan Alfonso de Alburquerque⁷ a la cabeza, decidieron que el cadáver debía ser presentado previamente ante don Pedro, el nuevo rey, para que él dispusiera lo que tuviera a bien. A poco de iniciar el camino, doña Leonor observó que algunos de los nobles que hasta entonces le habían servido con fidelidad empezaban a apartarse de su lado. Temiendo ser víctima de una conspiración, abandonó la comitiva y se refugió en su villa de Medina Sidonia. El señor de Alburquerque ordenó entonces apresar a sus hijos Enrique y Fadrique y, utilizándolos como rehenes, exigió que doña Leonor depusiera su actitud y se entregara. Intervino el alférez real, don Juan Núñez de Lara, para dar garantías a doña Leonor y sus parientes de que no se haría fuerza alguna contra ellos. A pesar de todo, doña Leonor fue apresada y obligada a continuar hasta Sevilla, mientras que a don Enrique, junto con un grupo de allegados dirigidos por Pero Ponce de León, se les permitió regresar a Algeciras, donde se hicieron fuertes, mientras esperaban expectantes el desarrollo de los acontecimientos. Los parientes de doña Leonor habían formado hasta entonces un bando nobiliario muy poderoso en la corte; pero ahora su estrella empezaba a declinar. Los principales caballeros de los linajes de Guzmán, Ponce de León y Enríquez *rescelaban de ser presos*, por lo que comprendieron que debían abandonar la corte y buscar refugio en sus castillos y señoríos hasta que la situación se aclarase.

Don Pedro presidió los funerales por su padre en Sevilla, y ordenó que el cuerpo del rey quedara depositado en la catedral hasta que, más tarde, se dispusiera el traslado a Córdoba. Después procedió a un primer nombramiento de los oficios de la corte, ratificando en sus puestos a muchos de los que le habían manifestado su deseo de servirle y continuar en su merced. Mientras tanto, doña Leonor, acompañada de algunas de sus damas, fue recluida en la cárcel del rey; es decir, simplemente fue puesta bajo vigilancia en unos aposentos del palacio.

A medida que el nuevo rey iba ocupando espacios de poder, las posibilidades de mantener la actitud de resistencia por parte del grupo disidente parecían disminuir. El conde don Enrique tuvo que evacuar la ciudad de Algeciras precipitadamente, ante la llegada de unas galeras enviadas por Pedro I. Pero entonces el rey, inesperadamente, sufrió una grave enfermedad y corrió el rumor de que su muerte era inevitable e inminente⁸. Aunque ninguno de los hermanos bastardos del rey se encontraba entre los posibles sucesores al trono en aquellos momentos, Pero Ponce de León junto con Enrique se trasladaron a Marchena, para estar más cerca de Sevilla. Ante una situación tan delicada, *los privados del rey* decidieron que era mejor propiciar una reconciliación pacífica entre los hermanos, por lo que le ofrecieron la posibilidad de

⁷ RODRÍGUEZ AMAYA, Esteban, «Don Juan Alfonso de Alburquerque, canciller de Don Pedro el Cruel» en *Revista de Estudios Extremeños*, 1949, 1-2, pp. 171-238.

⁸ DURÁN BERNAL, Isidro, «La enfermedad de Pedro I en 1350» en *Anales de la Universidad de Murcia*, 1977-78, XXXVI, 1-4, pp. 1-5.

volver a la merced real. Don Pero y don Enrique aceptaron la oferta como un gesto de buena voluntad, sin exigir la liberación de doña Leonor.

Pronto el rey recuperó la salud y el infante don Fernando y don Juan Núñez de Lara, cuyos nombres habían sonado como posibles candidatos a sucederle, tuvieron que marcharse de la corte *malpagados del rey*. Todavía convaleciente, Pedro I designó como su privado a don Juan Alfonso de Alburquerque, quien «governaba al rey y al regno, aunque era natural del regno de Portugal», y manifestó su deseo de mantener el pacto de reconciliación con el grupo de sus hermanastros, mientras tomaba medidas para asegurar el control militar de la frontera y firmaba treguas con el rey de Granada. A don Enrique se le permitió entrar en el palacio real para visitar a su madre, que todavía permanecía recluida en unos aposentos.

Una de las damas de doña Leonor era Juana de Villena, también llamada Juana Manuel por pertenecer a dicho linaje, que estaba casada *por palabras de futuro* con don Enrique. Ahora, no obstante, los parientes de doña Juana trataban de anular ese compromiso, porque pretendían casarla con el mismo rey don Pedro. Doña Leonor se oponía a esos planes y aconsejó a su hijo que consumara el matrimonio en sus propios aposentos, antes de que el rey pudiera impedirlo... «e desto pesó mucho al rey, e a la Reyna doña María su madre, e a don Juan Alfonso de Alburquerque, e a los otros privados del rey quando lo sopieron». Cuando se conoció la noticia, don Enrique se vio obligado a huir de la corte, disfrazado con una máscara para no ser reconocido, porque el rey quería apresarle. Su madre corrió peor suerte pues se endurecieron las condiciones de su cautiverio, ordenándose que a partir de entonces «posara siempre en el palacio de la Reyna, pero muy guardada». Poco después fue enviada a Talavera, en cuyo alcázar fue ejecutada por orden expresa de la reina⁹.

La muerte en cautividad de doña Leonor inevitablemente iba a afectar a las relaciones del rey don Pedro con sus hermanastros. Para evitar que la situación derivase hacia un conflicto político aún más grave, el rey tomó algunas precauciones; pues los partidarios de don Juan Núñez de Lara mantenían por entonces una actitud de abierta rebeldía en las tierras del señorío de Vizcaya. Poco antes de morir doña Leonor se entrevistó con Fadrique, el maestre de Santiago, quien le hizo pleito-homenaje, a pesar de que había contemplado personalmente la difícil situación en la que se encontraba su madre. Y a poco de conocerse la noticia de su muerte, recibió la visita de su hermanastro menor Tello¹⁰, que le besó las manos en señal de obediencia. Pedro, extrañado, le recordó lo sucedido: «Don Tello ¿sabedes cómo vuestra madre Doña Leonor es muerta? —a lo que contestó— Señor, yo non he otro padre, nin otra madre salvo a la vuestra merced».

Faltaba todavía don Enrique, que se había refugiado en Asturias huyendo del rey por haberse casado en secreto con doña Juana Manuel —denominada en la crónica de

⁹ AYALA, *Crónica del rey don Pedro*, año II, cap. III: «Cómo el Maestre de Santiago vio a Doña Leonor de Guzmán su madre en Llerena; e cómo el Rey envió presa a la dicha Doña Leonor a Talavera, e la mataron allí».

¹⁰ DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente, «Don Tello, señor de Aguilar y de Vizcaya (1337-1370)» en *Publicaciones de la Institución don Tello Téllez de Meneses*, 1982, 47, pp. 267-335.

Ayala, Juana de Villena— aunque quizá fueran los parientes de esta noble señora los que encendían la ira regia. El tiempo transcurría y Pedro I se comprometió en matrimonio con la princesa doña Blanca de Borbón, sobrina del rey de Francia, mientras que don Enrique se refugió en Portugal para no verse implicado en la revuelta de don Juan Núñez de Lara. Poco después el rey don Pedro celebró unas vistas con su abuelo el rey don Alfonso de Portugal en Ciudad Rodrigo. Allí firmaron *sus amistades*, y antes de despedirse, el rey don Alfonso aprovechó para interceder por don Enrique, «e perdonóle el Rey, e tornóse para Asturias». Al año siguiente, Enrique hizo pleito-homenaje a su hermano el rey, después de que éste le confirmara en todas las propiedades, derechos y señoríos concedidos por su padre en vida¹¹.

* * *

Hasta aquí, el canciller Ayala nos presenta, con la sagacidad e inteligencia que acostumbra¹², a un joven y temeroso Enrique que trata de sobrevivir mientras estos graves acontecimientos se suceden en una corte convulsa e inexperta. Por entonces Enrique no manifestaba pretensión alguna al trono, era una idea demasiado peligrosa para él. Sólo aspiraba a hacerse un sitio en palacio, pero su hermano el rey se mostraba hostil y desconfiado. Todo era demasiado inquietante para Enrique que, además, se veía obligado a permanecer solo, pues los parientes y allegados que hasta entonces le habían acompañado resultaban aún más peligrosos, sobre todo después de la muerte de su madre. Mientras tanto, el privado, don Juan Alfonso de Albuquerque, iba tejiendo una red de relaciones internacionales para la nueva monarquía, en la cual Francia tenía que jugar un papel importante.

Los acontecimientos se sucedían a un ritmo vertiginoso, dejando patente la actitud resolutiva del rey en la persecución y castigo de sus enemigos. Como es bien sabido, el rey anunció su boda con doña Blanca de Borbón en Valladolid el año 1353. Era una boda preparada por Juan Alfonso de Albuquerque, aunque el rey ya tenía a su lado en la corte a su amante, doña María de Padilla. Pedro envió cartas de invitación a sus hermanos para que asistieran a la ceremonia. Enrique, Fadrique y Tello acudieron con sus mesnadas hasta Cigales, pero temían por su seguridad por lo que no querían entrar en la ciudad sin escolta armada. Hubo algunas negociaciones previas, en las que el rey reiteró los salvoconductos que había dado anteriormente a sus hermanos. El señor de Albuquerque le hizo saber a Enrique que los de Padilla escalaban posiciones y que él mismo se encontraba en peligro en aquellos momentos.

¹¹ Ver copia parcial del documento de fecha 1352, junio 26, en la ed. citada de la crónica. Año III, cap. V nota 5.

¹² Sobre la cronística de Ayala, véase SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, *El canciller Ayala y su tiempo (1332-1407)*. Vitoria 1962. MARTÍN, José Luis, «Defensa y justificación de la dinastía Trastámara. Las crónicas de Pedro López de Ayala» en *Espacio, tiempo, forma*, 1990, serie III, n.º 3, pp. 157-180. MITRE FERNÁNDEZ, Emilio, «La historiografía medieval ante la revolución Trastámara: propaganda política y moralismo» en *Estudios de Historia Medieval en homenaje a Luis Suárez*, Valladolid, 1991, pp. 333-347. ESTOW, Clara, *La legitimación de lo ilegítimo: López de Ayala y la historiografía medieval*, Madrid, 2006.

Finalmente se llegó a un acuerdo y las bodas se celebraron *con muchas alegrías e muchas justas e torneos*. Durante el cortejo nupcial, Enrique y sus hermanos llevaron las riendas de la mula sobre la que iba la joven reina doña Blanca.

La alegría duró poco. Pedro abandonó a su joven esposa inmediatamente después de la boda y se fue a Montalbán para encontrarse con doña María de Padilla. Las mujeres de la corte —la reina madre doña María, la reina de Aragón doña Leonor, tía del rey, y doña Blanca— pidieron al señor de Alburquerque que interviniera para hacer regresar al rey. Pero todo fue inútil. Juan Alfonso de Alburquerque cayó en desgracia y tuvo que huir a Portugal, mientras que los de Padilla se hacían con la privanza del rey y con el poder. En las intermediaciones de la corte portuguesa se encontraron Enrique y el de Alburquerque que se confabularon en contra del rey don Pedro.

Doña Blanca fue recluida en el castillo de Arévalo por orden del rey, y después fue enviada a Toledo. Mientras tanto los problemas se multiplicaban. Muchos de los grandes del reino no aceptaban el encumbramiento de los Padilla, y hubo revueltas en las principales ciudades¹³. Las desertiones no cesaban en el bando real. Los infantes de Aragón abandonaron a Pedro I, declarando que sólo volverían a su servicio cuando el rey regresara con doña Blanca y cesara la privanza de los Padilla. Se iban dando los pasos hacia la constitución de una liga entre las ciudades y los grandes del reino, cuando don Juan Alfonso de Alburquerque murió envenenado, posiblemente por instigación del rey¹⁴. Sus vasallos acordaron que mantendrían su cuerpo insepulto hasta conseguir que el rey cediera en su actitud y le diera cumplida reparación por todos los agravios que se le habían causado.

TORO 1354

En el lugar de Tejadillo, cercano a Toro, se celebraron las vistas entre el rey y los grandes para tratar de encontrar una solución a la situación del reino¹⁵. Todos coincidían en la conveniencia de restablecer la concordia y volver a la merced real, pero antes era necesario retirar a los Padilla y «que el Rey e el Regno non se gobernasen nin rigiesen por ellos, nin por aquellos que estonce tenía por privados, pues non honraban a los grandes señores e caballeros que venían a la su corte». El asunto de la reconciliación con doña Blanca podría resultar secundario, aunque para todos era evi-

¹³ VALDEÓN BARUQUE, Julio, «Las sociedades urbanas en la guerra civil de Castilla a mediados del siglo XIV» en *Mayurga. Homenaje a A. Santamaría*, 1989, tomo II, pp. 633-643.

¹⁴ Luis Vicente Díaz Martín apunta la sospecha de que el verdadero instigador de la muerte del señor de Alburquerque fuera el infante don Fernando de Aragón. *Pedro I (1350-1369)*, o. cit., p. 146 y nota 8. Se trata de una mera conjetura sin prueba documental alguna que va en contra de lo dicho por Ayala en su crónica; sin embargo otros comportamientos posteriores del infante don Fernando, proclive al entendimiento con Pedro I sin importarle traicionar a sus aliados, avalan este punto de vista.

¹⁵ DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente, «El preludio de la guerra civil: la traición nobiliaria en Castilla» en *Génese médiévale de l'Espagne moderne. Du refus a la revolte: les résistances (1250-1516)*, Universidad de Niza, 1991, pp. 115-130.

dente que su presencia en aquellos momentos alejaría de la corte a doña María de Padilla y a todos sus parientes. El rey respondió a estas demandas con vaguedades, declarando que siempre había sido potestad real elegir libremente a sus privados y que, por su parte, no tenía inconveniente en traer a la reina a la corte, como le pedían; pero no se comprometió a nada, alegando que todo se podría tratar más largamente. En un tono similar, prometió cuantiosas mercedes a todos si deponían su actitud y volvían a su obediencia.

Al marcharse, los nobles sabían que el rey no tenía intención alguna de cambiar nada en la corte y que no habría más negociaciones sin la presión de las armas. El rey don Pedro y los suyos contemplaron el paso de la columna de los rebeldes, formando un singular cortejo fúnebre con el cuerpo insepulto del señor de Alburquerque varias semanas después de su fallecimiento, «en unas andas cubiertas de paños de oro, e así le pasaron delante la villa de Toro, veyéndolo el Rey que estaba fuera de la villa». Tan tétrica escena representaba la resolución de los nobles en la lucha por sus objetivos, pues habían jurado que no darían descanso a sus restos mortales «fasta que aquellos señores oviesen acabado la demanda sobre que eran ayuntados».

Entonces la reina madre doña María convocó nuevamente a los nobles a la villa de Toro, con la intención de pedir un segundo encuentro con el rey que evitara la guerra civil. También fueron llamadas las nobles damas, cuya presencia se consideraba imprescindible para tratar los problemas conyugales del rey. Una vez reunidos todos, enviaron cartas al rey en las que le pedían que regresara a Toro para tratar los asuntos del reino, y que dejara a doña María de Padilla, con quien estaba.

Don Pedro sospechaba que sus hermanastros podrían estar planeando su muerte, para vengar el asesinato de doña Leonor, su madre. Pero tenía que correr el riesgo y acudir a las vistas de Toro, pues en caso contrario perdería el trono, ya que «estaba de la otra parte el infante don Ferrando de Aragón, que era heredero del regno de Castilla después del, pues él non avía fijos legítimos, e que lo podrían tomar por Rey si estas cosas fuesen tan desvariadas como estaban de presente».

Acudió el rey a la cita de Toro acompañado de un pequeño séquito, a todas luces insuficiente para garantizar su seguridad entre tantos nobles rebeldes y tan fuertemente pertrechados. Lo recibió la reina madre en el convento de los frailes predicadores de la villa, como si fuera la verdadera soberana, e inmediatamente tanto el rey como sus acompañantes fueron reducidos y puestos bajo la custodia de don Fadrique, que era maestre de Santiago, y de los otros grandes del reino. Pero la codicia y el deseo de venganza iban a minar pronto la unidad del bando nobiliario pues:

Luego que los señores tovieron al Rey en su poder, dejaron de ordenar qualesquier otras cosas que fuesen servicio del Rey e pro de los regnos, e tomaron acuerdo de partir entre sí todos los oficios, así de la casa del Rey, como del regno; lo qual les tobo muy grand daño para adelante.

Los vasallos de don Juan Alfonso de Alburquerque decidieron que ya había llegado la hora de dar descanso al cuerpo de su señor y lo enterraron en el *monasterio del Espina*. Se trataba sólo de un gesto, pero quizás en ello se percibía un exceso de con-

fianza en el triunfo del bando nobiliario; cuando en verdad había una gran división entre ellos, lo que favorecía al rey. Pedro I percibió esa división y la fomentó entrando en negociaciones con el infante de Aragón, don Fernando, y sus parientes, a los que prometió cuantiosas mercedes. El propio don Tello, otro hermanastro más pequeño, cuya debilidad de carácter ya hemos comentado en el pasaje anterior, aceptó un soborno de Samuel Ha Leví, el tesorero real. Rota la unidad del grupo rebelde, no le resultó muy difícil al rey escapar a Segovia y, una vez allí, recuperar el poder, mientras que entre los señores «comenzó de aver grand departimiento».

Pedro I no estaba dispuesto a olvidar la afrenta de Toro¹⁶. Convocó un ayuntamiento de hidalgos y las ciudades que le eran fieles en Burgos, en donde denunció lo sucedido y solicitó *dineros y gentes* para castigar a los culpables. Pronto empezaron las ejecuciones, por lo que don Enrique tuvo que huir con gran dificultad hacia Talavera, buscando la protección de su hermano Fadrique que contaba con las milicias de Santiago. De allí fueron a Toledo para ponerse al servicio de doña Blanca. La ciudad estaba sublevada desde que el rey encerrara a la reina en su alcázar, pero ahora, algunos vecinos querían volver a la obediencia real. Los seguidores de Enrique una vez dentro de la ciudad saquearon parte de su judería¹⁷, por lo que los caballeros toledanos abrieron las puertas a las tropas de rey y los rebeldes tuvieron que huir de nuevo a Toro, en donde se hicieron fuertes junto a la reina madre.

El rey llegó ante los muros de la villa en su persecución, pero encontró una fuerte resistencia, por lo que estableció un cerco y se dedicó a talar sus alrededores durante los meses siguientes. Mientras estas operaciones se sucedían, vino ante el rey el cardenal don Guillem, como legado pontificio, para intentar resolver el conflicto con doña Blanca y restablecer la paz entre el rey y su madre y hermanos; pero todas sus gestiones resultaron infructuosas¹⁸. Cabe señalar que es la primera noticia de la crónica de Ayala que apunta hacia una internacionalización del conflicto castellano. Por primera vez se aprecia la existencia de una relación, que va a incrementarse en el futuro, entre la rebelión del conde don Enrique, la monarquía francesa y la curia pontificia de Aviñón. También resulta significativa la ausencia aragonesa en este momento, a pesar de que la reina doña Leonor y el infante don Fernando habían sido unos de los instigadores de la revuelta en principio.

Don Enrique pudo burlar el cerco de Toro *—porque el rey lo afloxase—* y se refugió en Galicia. Poco después, su hermano Fadrique se acogió al perdón real y rindió la plaza. La reina madre doña María fue enviada a Portugal, de donde nunca más regresó con vida. Al año siguiente murió envenenada, probablemente por orden de su propio padre, el rey don Alfonso de Portugal. El bando rebelde se disolvía rápidamente.

¹⁶ Luis Suárez Fernández afirma que en Toro se inició la pugna entre nobleza y monarquía, que iba a dominar el panorama político castellano durante toda la baja edad media. SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, *Monarquía Hispana y Revolución Trastámara*. Madrid, 1994. SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, *Nobleza y monarquía: entendimiento y rivalidad: el proceso de construcción de la Corona española*. Madrid, 2005.

¹⁷ VALDEÓN BARUQUE, Julio, «La judería toledana en la guerra civil de Pedro I y Enrique II» en *Toledo Judaico*, Toledo, 1972, pp. 105-132.

¹⁸ ZUNZUNEGUI ARAMBURU, José, «La legación del cardenal Guillermo de la Jugie a Castilla y Aragón (1355-1358)» en *Anthologica Annua*, Roma, 1964, 12 pp. 129-156.

Los que intentaron resistirse fueron derrotados y ejecutados, mientras que la mayoría huyó a los reinos vecinos. Don Enrique, en Galicia, «entendió que le non cumplía más porfiar en guerra, nin estar en el Regno, e envió fazer su pleytesía con el Rey que le diese sus cartas de seguro para pasar por el Regno, e que él se iría para Francia. E el Rey diogelas». Enrique se dirigió por mar a la Rochela, y de allí fue en busca del rey de Francia para ponerse a su servicio. La guerra de los Cien Años mantenía enfrentados desde hacía tiempo a Francia e Inglaterra, y Enrique había formado una compañía de mercenarios con otros caballeros castellanos huidos como él, para participar en las luchas.

* * *

El año 1356 hubo un giro importante en los acontecimientos internos castellanos que afectó también a los otros reinos peninsulares. Pedro I, seguro de su victoria frente a los nobles, estaba decidido a acabar con las posibles pretensiones al trono del infante de Aragón don Fernando, que eran la principal amenaza para él en aquellos momentos. Por este motivo, aprovechó un incidente protagonizado por unas naves catalanas, dirigidas por Francés de Perellós, en Sanlúcar de Barrameda para declarar la guerra al reino de Aragón. Se trata de la conocida *guerra de los dos Pedros*, que provocó también el posicionamiento frente al conflicto de los otros reinos peninsulares: Navarra, Portugal y Granada. Esta guerra fue el preámbulo de la guerra civil castellana de 1366-1369, y ambas estuvieron muy relacionadas con el desarrollo de la guerra de los Cien Años por esa misma época, el gran conflicto internacional que afectó a todo el occidente medieval¹⁹.

En las tierras del mediodía francés coincidieron ese mismo año de 1356 cinco de los grandes magnates de la Europa de aquel tiempo: el rey de Francia Juan II²⁰, el papa de Aviñón Inocencio VI²¹, Eduardo Príncipe de Gales, más conocido como el Príncipe Negro²², el rey de Navarra Carlos II el Malo²³ y el rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso²⁴. No es este el momento para exponer con detalle la compleja red de relaciones que fue tejiéndose entre todos ellos, hasta configurar dos bloques diferenciados, desde la batalla de Poitiers (1356, septiembre 19) hasta la paz de Brétigny (1360, mayo 8). Todos los grandes cronistas europeos, con Froissart a la

¹⁹ VALDEÓN BARUQUE, Julio, «La guerra civil castellana. Intervenciones extranjeras en el marco de la Guerra de los Cien Años» en *Pedro I el Cruel. Cuadernos de Historia*, 1985, 150.

²⁰ DEVIOSSE, Jean, *Jean le Bon*, París, Fayard, 1985.

²¹ ZUNZUNEGUI ARAMBURU, José, «La Cámara Apostólica y el Reino de Castilla durante el pontificado de Inocencio VI (1352-1362)» en *Antologica Annua*, Roma, 1953, I, pp. 155-184. ZUNZUNEGUI ARAMBURU, José, *Bulas y cartas secretas de Inocencio VI (1352-1362)*, Roma, 1970.

²² BARBER, R., *Edward, Prince of Wales and Aquitaine*, Londres, 1978. DUPUY, Micheline, *El Príncipe Negro. Eduardo, señor de Aquitania*, Madrid, 1973.

²³ AZCÁRATE AGUILART-AMAT, Pilar, «Carlos II de Navarra y los avatares de la política hispánica: la etapa de no beligerancia (1349-1361)», en *Príncipe de Viana*, 1991, n.º 195, pp. 107-138.

²⁴ *Pere el Cerimoniós i la seva època. Anuario de Estudios Medievales*. Barcelona, Consell superior d'investigacions científiques, Institució Milà y Fontanals, Unitat d'investigació d'estudis medievals, 1989.

cabaza²⁵, se hicieron eco de este conflicto y proporcionan detalles del proceso. El exilio del conde don Enrique de Trastámara en Francia, y la guerra con Aragón de Pedro I, hicieron inevitable que ambos tomaran posiciones, naturalmente en bandos diferentes: Enrique con Francia y Pedro con Inglaterra²⁶. Y fue entonces cuando apareció en la escena nuestro personaje, Juan Fernández de Heredia, caballero del hábito de San Juan, castellán de Amposta y embajador del rey de Aragón ante la curia pontificia de Aviñón²⁷.

AVIÑÓN 1356

El palacio de los papas en Aviñón era, en aquel tiempo, un verdadero centro de intrigas políticas a donde acudían, como a un hormiguero, reyes depuestos, pretendientes de tronos ocupados y conspiradores de todo tipo. Las relaciones entre los reyes castellanos y los papas de Aviñón no eran muy fluidas. Existía un contencioso entre ambos a raíz de la supresión de la Orden del Temple, porque Alfonso XI se apropió de los bienes templarios en Castilla con el propósito de crear una nueva orden en su reino. Pero el Papa no accedió a estas pretensiones y exigió que dichos bienes se entregaran a la Orden del Hospital de San Juan. El asunto no estaba todavía resuelto cuando comenzó el reinado de Pedro I, que continuó usurpando los bienes y rentas de los templarios, sin atender a las demandas pontificias ni sanjuanistas.

Por otra parte, el propio conflicto político interno castellano también se proyectaba sobre la curia, entorpeciendo la fluidez de las relaciones²⁸. Ya hemos mencionado la llegada de legados pontificios a la Península en distintos momentos especialmente conflictivos. Además de la dureza de los enfrentamientos políticos, preocupaba al Papa el

²⁵ Los libros IV y V de la crónica de Froissart se dedican a estos acontecimientos. En los libros VI y VII se contienen las noticias sobre la guerra civil castellana. El texto completo de las *Chroniques de Jean Froissart publiées pour la Société de l'Histoire de France, par Siméon Luce, Paris MDCCCLXXXIII*, puede consultarse en la red: <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148>

²⁶ SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, «Política internacional de Enrique II», en *Hispania* 1956, LXII. VALDEÓN BARUQUE, Julio, «La guerra civil castellana. Intervenciones extranjeras en el marco de la guerra de los Cien Años» en *Pedro I el Cruel. Cuadernos de Historia*, 1985, 150. FOWLER, K., «L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire anglaise (vers 1361-vers 1379)», en *Realidad e imágenes del poder. España a fines de la Edad Media*, Valladolid, 1988. MITRE FERNÁNDEZ, Emilio, «Castilla ante la guerra de los Cien Años: actividad militar y diplomática de los orígenes del conflicto al fin de las grandes treguas (c. 1340-c. 1415)» en *XXXI Semana de estudios medievales. Estella, 18 a 22 de julio de 2004*, Pamplona, 2005, pp. 199-235.

²⁷ Sobre la biografía de Juan Fernández de Heredia véase DELAVILLE LE ROULX, Joseph, *Les Hospitaliers à Rhodes jusqu'à la mort de Philibert de Naillac (1310-1421)*, París, 1913, reimp. 1974. LUTTRELL, Anthony, *The Hospitallers in Cyprus and Rhodes, Greece and the West, 1291-1440*, Londres, 1978. En castellano, véase la biografía reciente de CACHO BLECUA, Juan Manuel, *El gran maestre Juan Fernández de Heredia*, Zaragoza 1997. EGIDO, A., y ENGUIITA, J. M. (eds.), *Juan Fernández de Heredia y su época. IV curso sobre Lengua y Literatura en Aragón*, Zaragoza, 1996.

²⁸ DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente, «El pontificado y Castilla en el marco de las relaciones internacionales a mediados del siglo XIV» en *Archivos leoneses*, 1981, 70, pp. 351-386.

repudio de doña Blanca y el trato vejatorio que pudiera recibir²⁹. La presencia de algunos prelados castellanos contrarios al rey don Pedro en la curia contribuía a mantener el distanciamiento. Entre otros, don Gil de Albornoz, uno de los cardenales españoles más poderosos de su tiempo, se encontraba por entonces a caballo entre Aviñón e Italia, desde que decidiera salir de Castilla al iniciarse el reinado de Pedro I, perseguido por proceder del grupo de parientes de doña Leonor de Guzmán³⁰.

El asunto antes mencionado de la reclamación de los bienes templarios a favor de la Orden del Hospital resulta interesante para nosotros. Precisamente el año 1355, el Papa intercedió ante el maestre de dicha orden en favor de Juan Fernández de Heredia, castellan de Amposta y prior de San Gil, para que lo designara también prior de Castilla y León. La petición iba contra los estatutos de la orden, que prohibían expresamente la acumulación de dignidades y beneficios en una misma persona; pero se hacía con el pretexto de que un carácter enérgico, como el de Heredia, podría defender mejor los intereses sanjuanistas en Castilla³¹. En contra de ese nombramiento se pronunció el rey Pedro I, para lo cual encontró el apoyo de su potencial aliado Eduardo el príncipe de Gales, que también tenía usurpadas algunas encomiendas hospitalarias en sus dominios. El Papa les conminó para que no se entrometieran en la colación de los beneficios eclesiásticos; pero hicieron caso omiso³².

Las órdenes militares eran una pieza fundamental de la estrategia de Pedro I durante la guerra con Aragón³³, por eso no estaba dispuesto a admitir que un aragonés dirigiera la Orden del Hospital en su reino. El año 1359 murió el prior del Hospital en Castilla don Gómez Pérez Porras. Pedro I, con la ayuda de algunos caballeros hospitalarios castellanos, propuso como sucesor a don Gutier Gómez de Toledo y envió un emisario a Rodas para que el maestre lo confirmara³⁴. El Papa, advertido, envió una carta prohibiéndolo y mantuvo la designación de Fernández de Heredia para el cargo³⁵. Ese mismo caballero, Gutier Gómez de Toledo, será el que dirija las tropas castellanas que derrotaron al conde don Enrique en la primera batalla de Nájera en 1360.

²⁹ DAUMET, Georges, *Innocent VI et Blanche de Bourbon. Lettres du Pape publiées d'après les registres du Vatican*, París, 1899. LAPLANE, Gabriel, «La mort de Blanche de Bourbon. Essai d'interprétation d'un cas historique», en *Bulletin Hispanique*, 1964, 66, pp. 5-10.

³⁰ GRASSOTTI, Hilda, «En torno al exilio del cardenal Albornoz», en *Studia Albornotiana*, 1972, XI, pp. 317-343. Una biografía completa del personaje en BENEYTO PÉREZ, Juan, *El cardenal Albornoz. Canciller de Castilla y caudillo de Italia*, Madrid, 1950.

³¹ La noticia la da Iacomo BOSIO, el más grande historiador de la Orden del Hospital de San Juan, en su *Historia della Sacra Religione et Illustrissima Militia di San Giovanni Gerosolimitano*. In Roma, appresso Guglielmo Facciotti. MDCXXI. Tres Volúmenes, parte Seconda, libro Secondo, p. 92.

³² BOSIO, Iacomo, o. cit., Parte Seconda, Libro Terzo, acontecimientos del año 1359, p. 97.

³³ La crónica de AYALA está salpicada de noticias a este respecto. El tema fue objeto de un estudio monográfico por parte de Luis Vicente DÍAZ MARTÍN, «Los Maestres de las Órdenes Militares en el reinado de Pedro I de Castilla», en *Hispania*, 1978, XL, pp. 285-356.

³⁴ Según AYALA, Pedro I mandó a los freyres de Sant Johan que oviesen por su prior a Gutier Gómez de Toledo e así se fizo. Año 1358, cap. VII, p. 485.

³⁵ BOSIO, Iacomo, o. cit., parte Seconda, libro Terzo, acontecimientos del año 1359, p. 97.

El encuentro entre don Enrique y Juan Fernández de Heredia en Francia el año 1356 lo documenta Zurita en los *Anales de Aragón*³⁶, aunque el hecho no ha llamado la atención de los historiadores de hoy. No fue así, en cambio, entre los historiadores del pasado, como el mencionado aragonés Zurita, que ve en ello un signo de la suerte que protege a don Enrique para el futuro:

Que el conde de Trastámara vino de Francia al servicio del rey y se hizo su vasallo. Antes de iniciarse la guerra entre Castilla y Aragón, Pedro IV tuvo sus inteligencias con el rey de Francia y el duque de Borbón en contra de Pedro I. Enrique de Trastámara estaba por entonces refugiado en Francia, y el rey de Aragón le envió un emisario, el doncel de su cámara Bernaldo Accat, para pedirle que viniera a su reino para hacer la guerra a Castilla, prometiéndole que le daría una villa en la frontera y 100.000 sueldos de renta, lo que se concretaría más tarde en el tratado de Pina de 1356, noviembre 8³⁷. Suerte grande del conde don Enrique. Trató también esto con el conde don Enrique don Juan Fernández de Heredia, que estaba en aquella sazón en Francia y era de gran autoridad y uno de los principales caballeros que hubo en su tiempo en valor y consejo... Esta fue la primera buena suerte y ventura del conde, que estando en servicio del rey de Francia y llevando grandes gages dél en la guerra que tenía con el rey de Inglaterra, determinó de venir a servir al rey de Aragón en el mismo tiempo que fue la batalla de Putiers a donde el rey de Francia fue preso, y los más principales de su ejército fueron presos o muertos; y con escapar de aquel peligro, acá se le abrió camino para la mayor empresa que se le podía ofrecer, que fue hacerse rey de Castilla.

También el italiano Iacomo Bosio, autor a principios del siglo XVII de la historia de la Orden de San Juan mejor documentada, advierte la importancia del encuentro y el designio de la providencia en ello. En su opinión, Heredia acogió a Enrique en unos momentos muy difíciles y le puso en contacto con Pedro IV de Aragón, consiguiendo después también que el Papa y el rey de Francia le ayudaran en su lucha hasta conseguir el trono castellano:

Al poco tiempo, habiendo huido a Francia el conde Enrico de Trastámara, hermano natural del rey don Pietro de Castilla, a buscar ayuda y socorro de los franceses contra su hermano el rey... el castellán de Amposta y prior de San Gil, fra Giovanni Fernández d'Eredia, que en aquel tiempo se encontraba en la corte del rey de Francia, hizo con él una estrecha amistad, y le dirigió y aconsejó de manera que llegara a hacer liga y confederación con don Pietro rey de Aragón. Y a los pocos días, con la ayuda de los franceses y del dicho rey de Aragón... se hizo coronar en Burgos rey de Castilla³⁸.

³⁶ ZURITA, Jerónimo, *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (CSIC), 1973, vol. IV, libros VIII y IX, la noticia en concreto se encuentra en libro IX, cap. V. (Ed. preparada por Ángel CANELLAS LÓPEZ).

³⁷ Luis Vicente DÍAZ MARTÍN reconoce la importancia de este tratado que «otorgaba a Enrique un papel político que jamás le había sido oficialmente reconocido y además daba pie para constituir a su alrededor un sólido partido castellano opuesto a su legítimo rey». *Pedro I*, o. cit., p. 187. Pero no menciona la participación de Heredia.

³⁸ BOSIO, Iacomo, o. cit., parte Seconda, libro Terzo, pp. 96 y 97, para facilitar la comprensión del lector ofrecemos nuestra propia traducción al castellano del original italiano de la obra.

La amistad de Fernández de Heredia con Enrique no era completamente desinteresada. En realidad perseguía el priorato de Castilla y León, por lo que no tardó en recordarle *los buenos servicios que le había prestado* para obtener de él la promesa de su nombramiento. Pero Heredia no actuaba por su propia cuenta sino que obedecía órdenes del Papa y del rey de Aragón. Para demostrar esta afirmación es necesario reconstruir con detalle sus movimientos en Francia antes de la batalla de Poitiers.

Juan Fernández de Heredia era uno de los grandes señores de Aragón que prestaba importantes servicios diplomáticos a su rey cuando se lo solicitaba. No consta que perteneciera a su consejo, pero sí se sabe que Pedro el Ceremonioso recurrió a sus servicios para asuntos delicados, rodeando a menudo sus actuaciones de una gran discreción. La primera noticia al respecto, contenida en los *Anales de Aragón*, se data en mayo de 1351³⁹, y refiere la participación de Heredia en una embajada aragonesa ante al rey Carlos II el Malo de Navarra, para tratar de su matrimonio con alguna de las infantas-hermanas de la reina de Aragón. La propuesta no fue aceptada, como se esperaba en la corte aragonesa de Perpiñán, pero sí se consiguió evitar que la princesa viuda doña Blanca de Navarra se casara con Pedro el Cruel, y mantener todavía por un tiempo al reino de Navarra alejado de la órbita castellana. Finalmente Carlos II⁴⁰ se casó con doña Juana, hija del rey de Francia; aunque eso no evitó el enfrentamiento entre ambos y que Carlos el Malo terminara encerrado en una prisión, por orden de Juan II, hasta 1362. Por estos hechos, los hermanos del rey de Navarra, actuando como regentes durante su cautividad, sellaron una alianza con los ingleses, con lo que el pretendido acercamiento hacia Aragón se frustró definitivamente.

Por su participación en otros casos similares al narrado más arriba, sabemos que Heredia tenía un conocimiento profundo de la política interna castellana de su tiempo. A menudo lo vemos actuando conjuntamente con el arzobispo de Zaragoza don Lope Fernández de Luna, y otros miembros de esta conocida familia, de la cual se sabe que también se distinguieron por apoyar la causa de don Enrique⁴¹.

En los años 1354 y 1355, el rey de Aragón realizó una importante ofensiva diplomática ante el papa Inocencio VI. Se trataba de afianzar el dominio aragonés sobre las islas de Córcega y Cerdeña, que tenía en feudo del Papa, y de atraerse de nuevo el reino de Sicilia por medio de un enlace matrimonial. Heredia intervino en todo esto y consiguió que el Ceremonioso viniese en persona a Aviñón para renovar el pleito homenaje de los reyes de Aragón con el Papa. Las negociaciones no pudieron concretarse en acuerdos firmes posteriores, porque la política italiana era un verdadero avispero y había muchos intereses en juego, pero Heredia se ganó la amistad y la confianza del papa que lo nombró capitán de Armas y gobernador de la guardia de la ciudad de Aviñón en 1356, justo en el mismo momento en que Enrique iniciaba su exilio francés.

³⁹ ZURITA, Jerónimo, *Anales de Aragón*, o. cit., libro VIII, cap. XLIV. 1351, mayo. *De la embajada que el rey Pedro IV envió al rey Carlos de Navarra y de la alianza que se concordó con el conde de Fox.*

⁴⁰ AZCÁRATE AGUILAR-AMAT, Pilar, «Carlos II de Navarra y los avatares de la política hispánica: la etapa de no beligerancia (1349-1361)» en *Príncipe de Viana*, 1991, LII, n.º 193, pp. 107-138.

⁴¹ Lo afirma SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, en su colaboración titulada *Castilla, 1350-1406*. Tomo XIV de la *Historia de España* dirigida por don Ramón MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, 1966, pp. 1-378.

La zona más caliente del reino de Francia en aquellos tiempos se situaba en el Norte, entre Calais y Poitiers. El Príncipe Negro realizaba cabalgadas devastadoras por aquella región, mientras que el rey Juan II trataba de tomar los castillos rebeldes, para restar a los ingleses el apoyo de esas posiciones estables. Se avecinaba una gran batalla, y hacia allí se dirigieron, por caminos diferentes, los dos protagonistas de nuestra historia, Enrique y Heredia. El conde don Enrique consiguió entrevistarse con Juan II durante el asedio del castillo de Breteuil. El cronista francés J. Froissart nos proporciona la información sobre este hecho:

Estando en el sitio del castillo de Breteuil... vinieron a ver al rey de Francia muchos señores extranjeros... y vino también ante el dicho rey de Francia don Enrique de Castilla, al que llamaban bastardo de España y conde de Trastámara, y traía consigo una gran cantidad de —caballeros— españoles, que fueron todos recibidos a sueldo y botín por orden del rey de Francia⁴².

Froissart tiene buen cuidado en señalar que Enrique no fue el único príncipe extranjero que se puso al servicio del rey de Francia por entonces. En este mismo pasaje de su obra indica que también vino ante el rey el conde Douglas de Escocia, a quien concedió una renta anual de 600 libras por sus servicios. A Enrique, en cambio, sólo se le ofreció una soldada. Quizá por eso se retiró a París, en donde recibió a la embajada aragonesa, integrada por algunos prelados castellanos amigos del cardenal don Gil de Albornoz, a los que se sumó Fernández de Heredia, que estaba allí por otros motivos, como veremos a continuación. La oferta del rey de Aragón era más generosa que la del francés pues comprendía la donación de las villas de Tárrega, Villagrasa y Montblanc, además del señorío de otros lugares en Val y Aragón y una soldada para su hueste. La apertura de negociaciones con los aragoneses evitó que Enrique tomara parte en la batalla de Poitiers, donde muchos caballeros murieron.

El aumento de la tensión y la concentración de tropas en torno a Poitiers hicieron que el Papa enviara una legación presidida por el cardenal de Périgord para tratar de conseguir la paz entre los contendientes. En su séquito se encuentra Juan Fernández de Heredia, acompañado de su propia hueste, posiblemente con la misión de proteger al legado. Fue así como se cruzaron en Francia los caminos de Heredia y Enrique, un embajador intrigante y un príncipe mercenario en busca de fortuna a los que el destino reservaba un futuro glorioso. Allí se fraguó la alianza y el vasallaje del Trastámara con el rey de Aragón. Y también fue Heredia, junto con el resto de la embajada aragonesa, los que aconsejaron prudentemente a Enrique que no arriesgara sus huestes en una batalla al servicio del rey de Francia.

Los dos ejércitos, el francés y el inglés, se concentraron en las inmediaciones de Poitiers a primeros de septiembre del año 1356. Las tropas francesas eran superiores en número y ocupaban las posiciones más ventajosas, por lo que Juan II se mostraba confiado en la victoria. La legación pontificia iba frenéticamente a uno y otro lado de

⁴² FROISSART, Jean de, o. cit., tomo IV, cap. 77 p. 194. Para facilitar la comprensión del lector ofrecemos nuestra propia traducción al castellano del original francés de la obra.

las líneas de batalla tratando de conseguir un acuerdo que evitara el enfrentamiento; pero todo era inútil, el rey de Francia sólo admitía la rendición incondicional del Príncipe Negro, y éste no estaba dispuesto a ceder el campo sin honor y sin combatir. Finalmente, el cardenal de Périgord reconoció su fracaso y se retiró. En ese momento, justo antes del combate, aparece de nuevo el carácter de Heredia, un hábil negociador al servicio de su señor que no desperdicia la oportunidad de obtener beneficios personales cuando la situación se lo permite. Aunque su olfato le confunde y le lleva al lugar equivocado. Sigamos el relato de Froissart para ver por qué:

En el séquito —del legado pontificio— había algunos escuderos y hombres de armas que preferían al rey de Francia antes que al Príncipe —de Gales—. Cuando comprendieron que se combatiría, se apartaron de su señor y se marcharon con los franceses. Y eligieron como señor al castellán de Amposta, que había estado hasta entonces en la hueste del cardenal... Y todo esto sin que el cardenal se hubiera apercibido ni supiera nada de ello... porque si lo hubiera sabido, no lo habría permitido⁴³.

La batalla, sin embargo, no se desarrolló según lo previsto y resultó una auténtica catástrofe para el bando francés, como es bien sabido. El propio Juan II cayó prisionero de los ingleses y muchos otros caballeros franceses corrieron la misma suerte o murieron. Entre los caídos se encontraba el duque de Borbón, hermano del rey y padre de Blanca, la desdichada esposa de Pedro I, para quien su situación en Castilla se tornó más peligrosa a partir de ese momento. Heredia también sufrió las consecuencias de la derrota. Cayó prisionero en una de las primeras operaciones de la batalla y, como dice Froissart, salvó su cabeza gracias a la intervención de Jean Chandon, uno de los jefes militares del bando inglés que más tarde llegaría a ser gobernador de Aquitania, que lo reconoció como hombre del cardenal de Périgord e intercedió a su favor con la esperanza de cobrar un cuantioso rescate. Heredia fue conducido a Burdeos junto con el rey Juan y otros cautivos de la batalla, donde se empezó a tratar del pago de rescates. El cardenal de Périgord fue allí como negociador y consiguió su libertad a cambio de 10.000 francos, que el propio Heredia se encargó de pagar:

Después de la llegada del príncipe —de Gales— a Burdeos, vino el cardenal de Perigord, que había llegado hasta allí por delegación del papa... para interesarse por la causa del castellán de Amposta y de sus gentes que habían estado en la batalla de Poitiers... y se fijo el rescate del castellán de Amposta en 10.000 francos, que el mismo pagó⁴⁴.

* * *

El cautiverio de Juan II en Londres, tras su derrota en Poitiers, sumió al reino de Francia en una profunda crisis política y social. Fernández de Heredia que se había visto obligado a pagar una importante suma de dinero por su liberación se ocupó des-

⁴³ FROISSART, Jean de, o. cit., tomo V, cap. 78

⁴⁴ *Ibidem*, tomo V, cap. 78, p. 69.

pués de recuperar lo perdido, e incluso incrementó su riqueza a costa de los bienes de la orden de San Juan que él administraba. Se apropiaba indebidamente de las rentas de las encomiendas vacantes, de los expolios y de las responsiones e imposiciones que él mismo debía recaudar en las casas de su jurisdicción, incumpliendo la obligación estatutaria de remitirlas al tesoro del convento en Rodas. Llegó así a amasar una de las fortunas más fastuosas de la época. En 1360 hizo un préstamo al propio Papa por valor de 14.500 florines de oro para pagar los servicios mercenarios del marqués de Montferrat y frenar el avance de las compañías blancas por el Languedoc⁴⁵.

Heredia, reforzado con el apoyo del papa, usaba el título de prior de Castilla y León junto con los de castellán de Amposta y prior de San Gil. Su habilidad para los negocios, no exenta de venalidad, hizo de él el prototipo de caballero corrupto, imitado por otros muchos comendadores de la orden en Occidente, por lo que el consejo de gobierno en Rodas acordó enviar visitadores-reformadores a este lado del mar para conseguir el restablecimiento de la religión y hacer que se respetaran los derechos del tesoro. Sin embargo el maestro no se atrevía a tomar medidas contra Heredia porque gozaba de la protección pontificia. Siguiendo su recomendación, precisamente, fue promovido al cargo de lugarteniente del gran maestro en Aviñón, por lo que podría decirse que los lobos cuidaban de las ovejas⁴⁶.

Entre tanto, el rey de Francia Juan II pudo regresar temporalmente de su cautiverio en Londres después de la firma de la paz de Brétigny (1361). Juan Fernández de Heredia fue convocado a París por el rey con el pretexto de preparar una nueva cruzada a Tierra Santa, pero se excusó diciendo que no podía acudir sin licencia pontificia, pues era el responsable de la seguridad de la ciudad de Aviñón. El papa a su vez dijo que la marcha de Heredia pondría en grave peligro a la curia y a toda la ciudad, por lo que no lo podía autorizar. Finalmente el rey se decidió a venir personalmente a Aviñón, pero no se llegó a ningún acuerdo concreto. El papa Inocencio murió pocas semanas después y fue elegido su sucesor Urbano V (1362)⁴⁷.

Después de la batalla de Poitiers, Enrique se trasladó a la Península para encabezar la lucha contra Pedro el Cruel en un sector de la frontera aragonesa que iba desde el señorío de Molina hasta las tierras de Soria. Con esta actitud emergía la imagen de Enrique como pretendiente del trono castellano, en clara competencia con el infante de Aragón don Fernando, que también combatía contra las tropas petristas en la frontera de Murcia. Pedro I, sintiéndose acosado por sus enemigos, desencadenó una política de represión entre los nobles que dio lugar a una verdadera «orgía de sangre». Siguiendo sus órdenes, fueron ejecutados tres hermanos de Enrique: Fadrique, Juan y Pedro, y la madre y el hermano del infante de Aragón: doña Leonor de Aragón y

⁴⁵ FROISSART, Jean de, o. cit., tomo 6, cap. 85, p. 33. El editor añade en nota la referencia de un breve pontificio, datado en 1361, junio 3, Aviñón, por el que el papa Inocencio VI concede privilegio de exención general en favor de Fernández de Heredia, por el préstamo de 14.500 florines de oro que había entregado a su tesorero Regnault, obispo de Autum, para pagar los servicios de Jean, marqués de Montferrat.

⁴⁶ BOSIO, Iacomo, o. cit., parte Seconda, libro Terzo, acontecimientos del año 1359.

⁴⁷ FROISSART, Jean de, o. cit., Tomo 6, cap. 86 p. 78.

don Juan. El infante don Fernando continuaba ocupado en dirigir las operaciones militares en la zona de Murcia, aunque no logró impedir que la flota castellana atacara distintos puntos de la costa desde Alicante hasta Barcelona. Enrique, por su parte consiguió una primera victoria parcial en Araviana, acompañado por tropas aragonesas dirigidas por Fernández de Heredia. Después la fortuna le fue adversa y fue derrotado en la primera batalla de Nájera, por lo que tuvo que retirarse otra vez a tierras francesas, mientras Aragón y Castilla firmaban treguas.

La corte aragonesa empezaba mostrar signos del cansancio que provocaba la prolongada guerra con Castilla. Los nobles estaban divididos entre los partidarios del infante de Aragón, encabezados por Bernal de Cabrera, y los de Enrique, representados por el arzobispo de Zaragoza, Lope Fernández de Luna. Por alguna noticia de Zurita, se colige que Heredia se decantó por el infante, aunque no es completamente seguro⁴⁸. Es probable que, ya por entonces, se iniciara un distanciamiento entre Heredia y Enrique que iba a acentuarse en los años sucesivos. El rey de Aragón, por su parte, dejaba hacer a sus cortesanos, mientras preparaba en secreto un acuerdo con Pedro I en el que ambos pretendientes podrían ser moneda de cambio.

En Castilla, Pedro I empezaba a preocuparse por asegurar la sucesión de sus hijos habidos con doña María de Padilla, aunque la cuestión fue tratada más bien como una legitimación de su régimen. Durante la oleada represiva de 1361 había ordenado también la muerte en prisión de doña Blanca, y al poco tiempo murió de muerte natural la de Padilla. Al año siguiente las cortes de Guadix juraron como heredero al hijo primogénito habido con ella, el infante don Alfonso, aunque murió a los pocos meses, con lo que el plan se frustró. Enrique, en Francia, trataba de conseguir que las compañías blancas de Bertrán du Guesclín⁴⁹ le acompañaran a España para luchar contra Pedro I, y a este fin llegó a un acuerdo con el rey en París en 1362⁵⁰. Con esto preparaba su regreso a España en 1363, cuando Pedro I rompió las treguas y atacó la frontera aragonesa.

Ante la ofensiva castellana, Pedro IV trató de buscar una nueva alianza con el rey de Francia. Encomendó el asunto a Juan Fernández de Heredia, al que se unió Francés de Perellós como embajador de la corte aragonesa, que se entrevistaron con Juan II en Vilanova de Aviñón, aprovechando la entrevista con el Papa que antes hemos men-

⁴⁸ ZURITA, Jerónimo, libro IX cap. XXXI. 1361. «Que el infante don Fernando quiso declararse por principal en la guerra contra el rey de Castilla; y de lo que sobre ello se concertó entre él y el rey de Aragón, su hermano». Pedro IV trataba de reanudar la guerra contra Pedro I tras la derrota de Nájera, pero antes: «el infante don Fernando tomó a su cargo la guerra contra el rey de Castilla» y esto se trató en Barcelona, estando allí el rey. Intervinieron en las negociaciones, por parte del infante, los caballeros Acart de Mur y Arnaldo de Francia, y por parte del rey, la reina, Heredia, Bernaldo de Cabrera, Francés Romá, vicescanciller, «que eran los que más podían en las cosas del estado». Todo se llevó con gran secreto, aprovechando que había muerto el conde de Luna, que era el que apoyaba a Enrique en Aragón.

⁴⁹ BONILLA, Luis, *Beltrán du Guesclín. El aventurero que cambió de rumbo la historia*, Madrid, 1974.

⁵⁰ Enrique firmó un acuerdo con Juan II el 3 de agosto de 1362, por el que se le concedía una renta —en tierra— de 10.000 libras, la baronía de Cesenon y la senescalía de Carasona. Además las tres senescalías del Languedoc proporcionarían una renta de 100.000 florines para pagar a las compañías y otras 50.000 para Enrique. AYALA, *Crónica de Pedro I*, año 1362, cap. VIII.

cionado⁵¹. Paradójicamente, al mismo tiempo Pedro IV encomendaba a su secretario, Jaime Conesa, que negociara en Monzón un pacto secreto con Enrique, por el que se comprometía a reconocerlo como rey de Castilla a cambio de importantes compensaciones territoriales cuando conquistase el trono. Es muy probable que ninguno de los firmantes del pacto confiara en la validez de lo acordado.

Para complicar todavía un poco más la situación, vino a la Península el abad de Fiscán, por mandato del cardenal de Bolonia que era el legado pontificio encargado de conseguir una vez más la paz entre Aragón y Castilla. Al parecer, se iniciaron las negociaciones con una conferencia secreta, en la que Pedro I hizo saber que sólo firmaría la paz si el rey de Aragón le prometía que daría muerte a los dos pretendientes, el infante don Fernando y Enrique. Ayala da detalles de esta tesis⁵², sin duda porque era la interpretación oficial de los acontecimientos en la corte Trastámara después de la victoria de Montiel; pero otros historiadores recientes que se han ocupado de estos asuntos tienen dudas al respecto⁵³. El infante don Fernando, temiéndose la traición, anunció su retirada al reino de Francia. Entonces Enrique y Bernal de Cabrera, de acuerdo con el rey de Aragón, lo apresaron y le dieron muerte. Enrique fue el más beneficiado por estos hechos, pues quedaba como único pretendiente del trono castellano, pero necesitaba limpiar su imagen negando cualquier responsabilidad en lo sucedido y, sobre todo, empezó a desconfiar de Pedro IV.

BURGOS 1366

Todavía hubo un último encuentro entre Juan Fernández de Heredia y Enrique, ya proclamado rey de Castilla; aunque como usurpador, pues el rey legítimo Pedro todavía vivía en estos momentos, refugiado en Bayona, bajo la protección del príncipe de Gales.

La guerra con Aragón concluyó con un fracaso para Pedro I tras la retirada de Valencia. A partir de ese momento, el camino de Enrique hasta Burgos fue una auténtica marcha triunfal. Las compañías blancas de du Guesclin llegaron a Barcelona a finales de 1365. A principios del año siguiente, Enrique, bien acompañado de las tropas mercenarias francesas, entró en Castilla y se hizo proclamar rey en Calahorra. Después marchó hasta Burgos, en donde celebró una solmone ceremonia de coronación en el monasterio de las Huelgas⁵⁴. Su primer acto oficial fue repartir mercedes entre sus seguidores y pedir que vinieran desde Aragón su mujer doña Juana y sus hijos, más la infanta doña Leonor de Aragón, hija de Pedro IV, que esta-

⁵¹ ZURITA, Jerónimo, libro IX, cap. XLIV. 1363, abril. Hay una diferencia de algunos meses en la fecha del encuentro entre Froissart y Zurita.

⁵² AYALA, *Crónica de Pedro I*, año 1363, cap. VI. MARTÍN, José Luis, «Defensa y justificación de la dinastía Trastámara. Las crónicas de Pedro López de Ayala», en *Espacio, tiempo, forma*, 1990, serie III, n.º 3, pp. 157-180.

⁵³ DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente, *Pedro I*, o. cit., p. 260.

⁵⁴ VALDEÓN BARUQUE, Julio, «La primera estancia de Enrique II en Burgos (abril de 1366)», en *Homenaje al profesor Juan de Mata Carriazo*, Sevilla, 1973, III, pp. 407-420.

ba comprometida con el primogénito Juan. Pero cuando llegó la embajada aragonesa, presidida por el arzobispo de Zaragoza, Enrique ya había salido de Burgos camino de Toledo y Sevilla, para asegurarse el apoyo de las principales ciudades del reino.

De vuelta a Burgos, unos meses más tarde, Enrique domina la mayor parte de su reino, pero todavía no se siente seguro por la amenaza de una invasión inglesa desde Francia. Fiel a su idea de la necesaria legitimación institucional de su poder, convoca cortes y recibe a la embajada aragonesa. El arzobispo de Zaragoza, Lope Fernández de Luna, venía acompañado del castellán de Amposta, Juan Fernández de Heredia. En nombre de su soberano, reclamaban el cumplimiento de los acuerdos suscritos anteriormente y el pago de la deuda contraída. Para Ayala no estaba muy claro lo que pedían:

... ciertas cosas que le debía dar de lo que se cobrase en el regno de Castilla, especialmente algunas cibdades e villas, e quantía de moneda, por las costas que el rey de Aragón ficiera quando las compañías entraron con el rey don Enrique en Castilla, e pasaron por Aragón, e por sueldo que les pagara...⁵⁵.

Los editores de la crónica citan en nota a Zurita para señalar hasta cuatro acuerdos suscritos entre Enrique II y Pedro IV entre 1363 y 1366, de manera que la petición se hace mucho más confusa. En todo caso resultaba extemporánea y precipitada, pues todos sabían «que el rey don Pedro venía entrar en el regno con esfuerzo e poder del rey de Inglaterra e del Príncipe de Gales, su hijo». No se tiene en cuenta, en cambio, que otros caballeros, como el conde Armagnac y el propio du Guesclin, sí recibieron las compensaciones prometidas. La respuesta de Enrique fue «que él estaba presto para tener con el rey de Aragón todo lo que con él pusiera, e él pudiese cumplir, ca lo tenía en lugar de padre...» mas, por el momento, era necesario esperar. Heredia se marchó, quizá desairado, para evacuar consultas con su rey, mientras que el arzobispo de Zaragoza, fiel a su amistad, se quedó junto a Enrique dispuesto a acompañarlo cuando se produjera la invasión inglesa.

Efectivamente, las tropas inglesas entraron en Castilla y Enrique sufrió otra estrepitosa derrota en Nájera, en abril de 1367. El aragonés Pedro de Luna le dio escolta durante su huida hacia Francia. Allí lo acogió bajo su señorío el conde de Foix y después pasó al servicio del duque de Anjou, con el consentimiento del papa Urbano V y del nuevo rey de Francia, Carlos V, que continuaban protegiéndolo. Luego surgieron desavenencias entre Pedro I y el Príncipe Negro por las indemnizaciones de guerra, los mismos motivos que habían enfrentado a Enrique con el rey de Aragón anteriormente. Cuando unos meses más tarde, Enrique volvió a pisar tierra castellana en Calahorra, trazó con la punta de su espada una cruz en el suelo y arrodillado sobre ella juró que nunca más saldría de Castilla. Dos años después conseguía la victoria definitiva contra Pedro en Montiel.

El camino de Heredia hacia su encumbramiento como maestre de la Orden del Hospital fue un poco más largo. Tras el desaire sufrido en Burgos, Pedro IV de Aragón buscaba la forma de conseguir alguna compensación por las pérdidas ocasionadas por la guerra con Pedro I y el apoyo prestado a Enrique. Pero tanto el rey, como

⁵⁵ AYALA, *Crónica de Pedro I*, o. cit., año 1366, cap. XXI.

su consejero Fernández de Heredia estaban muy atentos a la evolución de los acontecimientos castellanos durante los convulsos años de la guerra civil (1366-1369). Pedro I había recuperado el poder tras la victoria de Nájera, pero la marcha de las tropas inglesas por sus desavenencias con el Príncipe Negro lo dejaba en una situación muy comprometida. En octubre de 1367 se iniciaron negociaciones entre aragoneses, ingleses y navarros en Tarba, en la Gascuña⁵⁶. En la mesa de negociación se encontraron dos viejos conocidos, Heredia por parte aragonesa, y el señor de Chandon, condestable de la Guyena, por el príncipe de Gales. El representante navarro era el prior de San Juan en aquel reino, de manera que todo quedaba entre camaradas y correigionarios. Todos estaban de acuerdo en que lo más importante era obtener el mayor beneficio posible de la guerra castellana, y que cualquier alianza con el rey Pedro I estaba supeditada a la exigencia de que éste les diera todas las compensaciones prometidas, incluidas también las que Enrique debía a Aragón.

Como Enrique entrara de nuevo en Castilla a finales de 1367 y la posición de Pedro se debilitaba cada vez más, el rey de Aragón procuró mantener abiertos los canales de comunicación con el bando Trastámara. Su principal enlace era el rey de Francia, pero éste le exigía que rompiera todo entendimiento con Navarra, por lo que necesitaba reforzar sus relaciones con la sutil diplomacia pontificia aviñonense. Y Heredia se movía en ese ambiente como verdadero pez en el agua. Casi al mismo tiempo que negociaba con el príncipe de Gales un posible apoyo a Pedro I, el rey de Aragón, «por medio del rey de Francia, pensaba concordarse con el rey don Enrique —y traía esto en plática el castellán de Amposta... y que cumpliera el rey don Enrique con el rey lo que le había prometido en la concordia que entre ellos se hizo en Zaragoza, cuando hizo su primera entrada en Castilla»⁵⁷.

El asunto del pago de las compensaciones castellanas a Aragón seguía sin resolverse y Heredia parece estar muy interesado en ello. Tras la muerte de Pedro I en Montiel, Pedro IV ocupó las tierras del señorío de Molina, a pesar de que Enrique se las había prometido a du Guesclin. Por este motivo se declaró la guerra entre los dos antiguos aliados, aunque al mismo tiempo se iniciaron conversaciones para evitarla. «Tenía el rey en Castilla al arzobispo de Zaragoza y al castellán de Amposta, que trataban de la concordia»⁵⁸; pero no se pudo llegar a ningún acuerdo por la oposición de du Guesclin⁵⁹. Heredia presiona con todos los medios a su alcance. En 1370 negocia una alianza de Aragón y Navarra contra Castilla, y al año siguiente hace que el nuevo Papa, Gregorio XI, interceda ante la corte castellana, a la vez que él mismo, con sus tropas, se instala en las tierras de Molina⁶⁰. Finalmente se alcanzó el acuerdo definitivo en Almazán en 1375: el infante de Castilla don Juan se casó con doña Leonor, infanta de Aragón, y Molina fue devuelto a Castilla. Los aragoneses recibieron una importante

⁵⁶ ZURITA, Jerónimo, libro IX, cap. LXXI. 1367, septiembre/octubre.

⁵⁷ ZURITA, Jerónimo, libro X, cap. IV. 1368.

⁵⁸ ZURITA, Jerónimo, libro X, cap. VII. 1369.

⁵⁹ BENÍTEZ MARTÍN, Lidia, *Documentos para la historia de Molina en la Corona de Aragón, 1369-1375* (el registro 1551 de la Cancillería de Pedro IV), Zaragoza, 1992.

⁶⁰ ZURITA, Jerónimo, libro X, cap. X, 1370 y libro X, cap. XIV, 1371.

indemnización en dinero por las guerras anteriores y du Guesclin, que ya era condestable de Francia, vendió a Enrique sus derechos en España⁶¹.

Heredia no estuvo en las negociaciones de Almazán. Lo que allí se trataba no le convenía. Sin duda alguna, había previsto el giro que iban a dar las relaciones aragonesas con Castilla, por lo que desde 1373 lo vemos alejarse de la corte del Ceremonioso para instalarse en Aviñón, donde *tenía gran autoridad con el papa y colegio de cardenales*, como dice Zurita. Su objetivo ahora era conseguir el maestrazgo de la Orden del Hospital; pero no olvidaba la deuda de Enrique, pues en algún momento lejano le prometió el priorato de Castilla y León. El año 1373 Heredia presidió, en nombre del maestro, la reunión del capítulo general de la Orden del Hospital celebrado en Aviñón en su propia casa. Algunos caballeros gran cruz, los de mayor prestigio dentro de la Orden, habían mostrado sus reservas ante un acto tan prepotente por parte del castellán de Amposta; pero Heredia actuaba como lugarteniente y representante del maestro con pleno respaldo del Papa⁶².

El año 1374, llevó ante la curia, nuevamente, el asunto de la usurpación de los bienes del Temple en Castilla, sin duda por la imposibilidad e inconveniencia de presentar una reclamación por el priorato. Enrique II continuaba usurpando dichos bienes, y el Papa pensaba que no era posible recuperarlos después de tanto tiempo; pero Heredia sugirió que podrían ser intercambiados por los bienes del Temple que tenían las Órdenes de Santiago y Calatrava en el reino de Aragón. El Papa escribió a Enrique II un breve en 1375, octubre 5, por el que justificaba la entrega de dichos bienes a la orden del Hospital en Aragón, o lo que es lo mismo a Heredia, con el argumento de que las Órdenes de Santiago y Calatrava eran castellanas, y que se hacía como compensación por los bienes que el rey tenía usurpados⁶³. Por supuesto, el prior de San Juan en Castilla y León, frey Sancho de Sumassa, rechazaba esta solución. A partir de ese momento se negó a pagar las responsiones a la Orden y a colaborar en la defensa de Rodas. Su actitud era de abierta rebeldía, y se encaminaba hacia la escisión, junto con el prior de Inglaterra y el de Portugal⁶⁴. Pero eran una minoría, un pequeño grupo provincial descontento, en un momento en que Heredia ascendía y la Orden quería afirmarse como una nueva potencia marítima en el Mediterráneo oriental. El 29 de junio de 1376 murió el débil maestro Iuliaco, y el convento eligió como sucesor a frey Juan Fernández de Heredia.

* * *

El camino seguido hasta aquí por Enrique y Heredia había sido tortuoso, pero el tiempo había dado plena satisfacción a todas las aspiraciones de estos dos personajes, cuyos destinos se cruzaron por primera vez en Francia veinte años atrás. El futuro también era incierto pues, sin duda, a ambos les aguardaban momentos difíciles, pero en sus manos tenían ya el poder y la gloria, y los dos supieron aprovecharlo para construir una nueva era.

⁶¹ Libro X, cap. XIX, 1375.

⁶² BOSIO, Iacomo, parte Seconda, libro Terzo, acontecimientos del año 1373.

⁶³ *Ibidem*, 1374.

⁶⁴ *Ibidem*, acontecimientos del año 1375 y 1376.